

vocado ese desastre, precisamente para meter por la sangre en las entrañas del mundo su filosofía y su ciencia; pero tampoco caigamos en el fetichismo penalista de los que pretenden que por haber cometido Alemania ese crimen debe ser destruída como organización política, social y pensante. Ni lo uno ni lo otro. Impónganse los castigos de reparación necesarios; pero sálvesela como órgano precioso de cultura y civilización.

LUIS ARAQUISTAIN.

(La Voz, Madrid).

Un ilustre camarada, un fraternal amigo, Luis Araquistain, ha recibido un patético llamamiento de la Künstlerhilfe, Asociación austriaca, presidida por Leonardo Frank, en favor de los alemanes hambrientos, y Araquistain nos recuerda a todos el deber y espolea directa y nominalmente para que lo cumplan a la Sociedad de Autores, a la Cámara del Libro, a la Asociación de Escritores y Artistas, al P. E. N. Club y al empresario el Eslava y a cuantos organismos literarios y artísticos hay en España.

...Y el poeta alemán Max Barthel nos convence, nos persuade de que debemos socorrer, y nos arranca una lágrima:

El buen *viejo Dios* nos ha abandonado...

¡Quién hubiera predicho al orgullo alemán de 1914 que nos habríamos de ver obligados a pedir auxilio para nuestros hijos al llamado *enemigo!*

¡Quién hubiera predicho a la *Kultur* que sus universidades se habrían de despoblar primero y luego de cerrar por falta de medios!

Pecamos demasiado de orgullo, y por eso es dura la expiación.

* *

El buen *viejo Dios* nos ha abandonado....

El kronprinz, sin embargo, vuelve a tiempo para ver los funerales de la república de noviembre.

«¿Trae pan el kronprinz, para esos fieles alemanes?», se han preguntado muchos hambrientos. Lo que importa hoy es el pan. Quienquiera lo traiga, la masa lo acepta: lo acepta de Rusia y lo aceptaría de Francia. Sin embargo, nosotros pedimos otro pan.

* *

Nosotros, que no pecamos de orgullo, que derribamos al Káiser, que estuvimos contra la guerra, que queremos una verdadera paz, nosotros pedimos a los hermanos de todos los países, a los que más se nos asemejan, no una limosna, sino una ayuda fraternal.

¡Hermanos, auxilio!

Salvad a la nueva Alemania, a la Alemania del trabajo y de la inteligencia. Impedid que vuelva la vieja Alemania; cortad el paso a la barbarie.

Sí, hay que salvar a la nueva Alemania; pero Alemania, para salvarse y para ser salvada, tiene que huir del príncipe cretino, del soldado fanfarrón y de la alimaña nacionalista.

...A los niños alemanes, irresponsables de todo lo malo que cae sobre su nación y sobre sus cabecitas, se les debe socorro; a los intelectuales (sabios, artistas, catedráticos, maestros, etc., etc., etc.), también; pero éstos no son ya, como los niños, irresponsables. Tomen, pero escuchen.

Y de lo que de estos intelectuales decimos pueden aplicárselo los de otros países, los de todos los países.

El intelectual dedicado a la enseñanza, y todos, aunque no sean profesores, educan y enseñan, sobre todo cuando abren las cátedras del Ateneo al pueblo y cuando escriben en los periódicos, como el verdadero maestro Unamuno, es culpable de haber educado a varias generaciones de alemanes en la sumisión y en la disciplina a un tontiloco.

El *intelectual* peca por egoísmo cuando se muestra ajeno a los dolores de su pueblo, cuando se encierra en la consabida torre de marfil, y a esta clase de intelectuales hay que socorrerlos, pero advirtiéndoles del daño que se hicieron al hacérselo a los demás. Sienten dolores de cabeza en la barriga.

Otros intelectuales hay que se prestan a ser bufones de tiranos y tiranue-

los, urdiendo para ellos teorías que califican petulantemente de sabias y novísimas, y que sirven para traer el hambre sobre los pueblos. No hay tirano sin un seudosabio que le adule a cambio de mercedes y que simule ilustrarlo en concepto de técnico. A estos tales, que son los renegados de la libertad, de la democracia y de la justicia, los condenaríamos impasibles a morir de hambre si hubiéramos estudiado en sus aulas.

El hombre de ciencia que inventa o aplica lo por otros inventado a crear o perfeccionar máquinas de guerra, como zeppelines, submarinos, gases asfixiantes, también merece morir de hambre y carecer hasta de aceite para su lámpara.

No comeré a manteles en el P. E. N. Club, y hasta me quitaré el cigarro de la boca, para socorrer como pueda y con lo que pueda a los alemanes, niños y hombres, obreros e intelectuales; pero aprendan los pavos reales y los grajos de otras naciones del hambre alemana. El hombre de ciencia ha de ser amante exclusivo de la verdad. No ha de adular al poderoso con mentiras falsamente científicas, ni ha de utilizar su intelectualismo como tela inconsútil que le preserve del fuego de la solidaridad humana.

ROBERTO CASTROVIDO

(La Voz, Madrid).

El mensaje de Lloyd George...

(Viene de la página anterior).

visita despertó en los pueblos comprendidos en el itinerario de su peregrinación. ¿Quién no quería verlo. ¿Quién no quería oírlo? Poblaciones enteras se agolpaban a las estaciones del tránsito donde se detendría el tren que lo llevaba. En Cleveland, veinticinco mil personas acudieron a escuchar su discurso, sin embargo de que habrían podido leerlo por dos centavos en los periódicos inmediatamente después. En Nueva York, donde su excursión principió y terminó, hubo cincuenta solicitudes para cada asiento del Teatro Metropolitano de la Opera, y hubo que establecer aparatos amplificadores y conexiones radiográficas con el Parque Central para que allí escucharan su postrera peroración quince mil personas más, todo lo que podía contener la alameda del parque.

Bajo estas extraordinarias circunstancias, tratándose de un hombre extraordinario, que debe su celebridad a su relación con los acontecimientos más extraordinarios de la historia, la personalidad dominante de la política internacional europea

después del armisticio hasta 1922, es también muy natural el interés en saber y examinar lo que dijo Lloyd George en su marcha triunfal de un mes a través del Canadá y los Estados Unidos. Lloyd George traía un mensaje, el mensaje de Lloyd George para los pueblos ingleses de este lado del Océano cuyo concurso fué decisivo en la Gran Guerra.

¿Qué dice el mensaje de Lloyd George?

En síntesis, de la profusa corriente de su palabra podemos sacar en limpio que su mensaje para el Canadá es que este dominio inglés debe aprestarse a cumplir sus nuevas responsabilidades en los asuntos del mundo derivadas de su participación en la Gran Guerra; y para los Estados Unidos, que la voz divina que los llamó a la guerra para salvar a Europa, los está llamando hoy mismo para salvar la paz y la civilización del mundo por una inteligencia o alianza no escrita con Inglaterra.

Canadá envió cuatrocientos mil hombres a Europa. La victoria no se